I

LA MUJER DE LAS GAVETAS SECRETAS

Mi madre no quiso ser otra cosa en la vida que una buena mujer. Y una buena madre. Yo la odiaba y no sé si aún la odio. Odiaba odiarla y odiaba saber que la odiaba. En algún lugar entre su locura y la mía, odiarla me hizo bien, me fortaleció, me salvó de algo peor, aunque me condenara por el resto de la eternidad. La odiaba como un cordón umbilical hacia lo peor de mí mismo, hacia mi padre, el horror de su muerte y el secreto que lo envolvió como una mortaja de silencio.

Mamá falleció la madrugada del 31 de julio mientras el huracán César arrasaba Centroamérica. Experimenté un raro alivio, como si mi alma y mi cuerpo dejaran de luchar después de muchos años de enfrentamiento. Una década antes la habíamos ingresado por primera vez en el asilo Chapuí y me espantó el rastro de orina y excrementos manchados de sangre que dejó por el piso del servicio de emergencias. Los enfermeros la arrastraron contra su voluntad y contra la nuestra, pero ya era muy tarde para cualquier otra solución. Todo sucedió muy rápido y un apretado círculo de culpa se cernió sobre nosotros.

Esto es mi madre, me dije. En eso se había convertido y en eso nos convertimos con ella.

Al recordarlo me pregunto si secretamente no lo quisimos así. No que se enfermara, algo sobre lo cual nunca pude

decidir nada, sino que muriera. No le perdoné que no fuera la madre perfecta que soñé para mí, aunque ella no tuvo ninguna responsabilidad por no haber podido serlo. Comencé a fermentar aquel rencor en la escuela, cuando por primera vez me dio vergüenza ser su hijo.

Murió en el lugar y de la forma en que ninguno de los dos queríamos que sucediera. La asistente social del Chapuí me lo preguntó con determinación y desconfianza, condenándonos sin necesidad de preguntarnos nada:

—¿Por qué la trajeron en este estado?

¿En *este estado*? Fue ella la que acentuó las dos últimas palabras hasta volverlas una afirmación ominosa. ¿En cuál? Es cierto. La trajimos en este estado como si no nos importara o fuera una indigente. Entonces no se decía indigente, como ahora, sino mendigo o pordiosero. En ese momento abrí los ojos y salí del trance. Pensé durante años que no se moriría, que mi madre era inmortal, y no lo pensé como una resistencia extrema ante el dolor sino como se soporta una maldición eterna impuesta por el destino. Nadie muere de depresión o de sufrimiento si es que los males del alma no trastornan esa otra parte del alma que es el cuerpo. Supuse que seguiría siendo por siempre una herida abierta, que no cerraría nunca, pustulosa y expuesta al escrutinio de los ojos, una llaga ante la cual es inútil volver la cara.

¿Dónde empezó todo?, debí contestarle a la asistente social. Cuando vi llegar a mamá a cuarto grado, a la clase del profesor Solano, la vida aún parecía simple, y ya no lo era: ella estaba loca y nadie explica las cosas inevitables por sencillas que puedan parecer. Era muy poco lo que yo podía hacer para ayudarla y casi nada para entenderlo. Ni siquiera podía ponerle nombre a lo que le pasaba ni a la manera en que me sentía. Loca, locura, mal de los nervios o depresión surgieron después, siempre en boca de los demás. Tan sólo

pensé que la otra mitad de mi vida, la que quedaba viva después de la desaparición de mi padre, me abandonaba. ¿Con quién me quedaría? ¿A qué me aferraría? ¿Qué haría con mi dolor?

Dos acontecimientos preceden a la clara manifestación de la enfermedad de Lily. En la familia se hablaba de la enfermedad de Lily, como llamaban a mi madre –y no Odilie–, y el accidente de Quique, mi padre. Un domingo en la noche volvíamos en autobús de la casa de mi abuela, como casi todos los domingos hasta mis diez años, y nos habíamos sentado en la última hilera, que era muy larga y sin divisiones y que permitía que la gente se sentara aun cuando el autobús estuviera lleno y con pasajeros de pie.

Al vernos llegar al fondo del autobús algunas personas se estrujaron un poco más y cupimos nosotros. Mamá intercambió entonces unas palabras con un borracho, que iba en los mismos asientos, y se echó a llorar de forma incontenible. A mí me embargó una sensación de catástrofe y la cualidad abismal que le atribuyo desde entonces a la noche. Una boca negra y oscura se abrió ante mí y empezó a tragarme. Una boca de loba.

Un poco después, también de noche, mamá regresó turbada con la garganta rota. Nunca obtuve una explicación convincente sobre lo que sucedió. Ella insistió en que se había golpeado con su sombrilla de empuñadura metálica en el hueso de Adán, que quizá por la extensión de su cuello siempre tuvo muy pronunciado –para ser una mujer–. Este episodio fue un punto de inflexión irrevocable hacia la incertidumbre de los años siguientes. Nunca supe lo que le ocurrió camino a la casa, si fue algo terriblemente malo o un hecho inofensivo.

La herida tardó en curarse y yo sospeché algo. Comenzó a llorar en las noches y después en cualquier momento y a

encerrarse en la habitación, sin que yo la viera. Un abismo se abrió entre nosotros y el cuarto de mamá, donde yo ya no dormía, se convirtió en una extensión de su cuerpo y en un mundo separado del resto de la casa. Un cubo de desolación.

Al buscar explicaciones vuelve la cara del borracho en la última hilera de sillas del autobús y la indefensión a la que nos sometía la noche.

Nací cinco meses después de la muerte de mi padre y de niño, muy niño, fui solemne, callado e insomne. ¿Cómo supe que no tenía padre y que, aparte de mamá, mi familia estaba constituida por un confuso rompecabezas de tíos y tías? Los tíos eran hombres desesperados que huían de sí mismos, como si hubieran perdido de antemano las aventuras que no se atrevieron a emprender. Murieron en un instante del corazón mientras las mujeres lo hicieron lentamente de diabetes.

¿En qué momento de mi infancia aparentemente feliz me di cuenta de ese espacio en blanco? ¿Cuándo comenzó un largo tiempo de insatisfacción que no cesó ni siquiera con el relato superficial de los hechos dentro del núcleo esencial de mi memoria: la muerte de mi padre? Ahora me doy cuenta de que mi vida ha sido el intento por entender esa muerte inexplicable que me vuelve comprensible ante mí y ante los demás. Aunque intento explicarme a mí mismo sé que soy una especie de enfermo incurable que nunca podrá salir de la espiral de sus obsesiones. Bebo continuamente de una droga que aviva el deseo inagotable de recuperar un pasado sin pasado. ¿Todo esto suena como a una telenovela o a un manual de sobrevivencia para huérfanos?

Antes de los dos o tres años no podía dormirme aguardando a que mi madre regresara de la escuela nocturna en